Los fantasmas del Perrió

Juan Carlos Pereletegui

CC by-nc-sa Juan Carlos Pereletegui
loslibrosdebalmenhorn@gmail.com
DOCUMENTO FIRMADO
ELECTRÓNICAMENTE

Con las indicaciones que un tal Maestre me había dado por teléfono llegué al sitio donde tenía que dejar el coche. Allí me esperaba una persona para conducirme hasta el refugio. No era un tipo de muchas palabras y yo bastante tenía con seguirle el paso, senda arriba, así que ascendimos en silencio. Al llegar, se hizo a un lado y me indicó la puerta, pero esta se abrió de golpe y salió bruscamente una enorme sonrisa, seguida de un cuerpo que intentaba no quedarse atrás. Era Juan Manuel Maestre, de la asociación Cuentamontes y organizador del taller de literatura de montaña para el que me habían contratado.

—¿Cómo no me has esperado en el coche? —se extrañó—. Justo ahora bajaba a buscarte.

—¡Ah! Como estaba esta persona esperándome y me ha dicho que subiera.

—¿Qué persona? —preguntó Maestre, mirando por encima de mi hombro.

Me giré bruscamente y allí no había nadie.

—Pues... no sé, un tipo larguirucho con un jersey viejo.

—Un tipo larguirucho con un jersey viejo —repitió Maestre—, no sé quién podría ser... igual se ha ido arriba, al dormitorio. Bueno, ya aparecerá... pasa, que dentro se está más fresco.

—Gracias, la verdad es que el calor está apretando fuerte.

—Esta tarde habrá tormenta, seguro.

Toda la planta baja del refugio era una gran sala provista de mesas y bancos en la que estaban reunidos en corrillos los asistentes al taller. El grupo era bastante variopinto, tanto en aspecto como en edades. Me llamó la atención un hombre añoso, seco y enjuto, que conversaba con otro algo más joven pero calvo como una bombilla y con unos brazos de camionero. Me provocaban una sensación extraña, pero no conseguí decidir de qué se trataba y nadie parecía fijarse especialmente en ellos.

Maestre estaba anunciando mi llegada y el inmediato comienzo de la primera sesión, así que tomaron asiento en las largas mesas.

—Veinte —contó—. Bueno, pues como no falta nadie, vamos a empezar.

Me presentó y luego tomé yo la palabra y empece a hablar sobre construcción de personajes. Ya llevaba un rato largo de exposición cuando se abrió la puerta y entró un grupo, encabezado por una mujer de mediana edad, de rostro cálido y amable.

—¿Ya habéis empezado? Sí que habéis sido puntuales —exclamó—. Nos hemos retrasado un poco porque el viaje es largo y había bastante tráfico.

—¿Y quienes sois vosotros? —preguntó Maestre asombrado—. Hemos empezado porque ya estaban los veinte inscritos.

—Pues nosotros estamos inscritos y, evidentemente, no estábamos —afirmó otro de los recién llegados, con una pizca de desdén en la voz—. Parece que la organización no está muy organizada —remachó.

Descolocado, Maestre se volvió y contó las personas sentadas a la mesa. Para su sorpresa, y la mía, solo eran trece.

—¿No había unas personas sentadas en esos huecos? —preguntó, señalando algunos espacios vacíos.

Se alzaron murmullos de duda y vacilación. Nadie estaba seguro de a quién había tenido al lado hasta ese momento, en los instantes iniciales en los que apenas se conocían unos a otros, y acabaron afirmando que no, que no había habido nadie en los huecos. ¿Qué otra cosa podían decir, al fin y al cabo?

—Bueno, pues pasad... Lo siento —se disculpó Maestre con cara compungida—, ha sido un lapsus. Desde luego que no hubiéramos empezado si me doy cuenta de que faltaba gente.

Un rato después, superado el incidente, reanudaba la sesión y no tardé en despertar el interés de los asistentes. Unos cuantos ejercicios colaborativos sirvieron para romper y hielo y todo se llenó de risas, bromas y preguntas sobre cuestiones importantes.

Por la tarde, mientras trabajaban en un ejercicio, me asomé a la puerta. Tal como había predicho Maestre, se estaban acumulando nubes negras que no podían tardar demasiado en descargar. Como si mi pensamiento fuera premonitorio, en ese instante retumbó un largo trueno y una racha de viento tormentoso trajo una avalancha de agua que me hizo entrar precipitadamente. Los alumnos estaban distribuidos por todas las mesas y por un momento me pareció que había demasiados. Los conté con disimulo: veintisiete. Con un escalofrío me acerqué a Maestre y se lo comenté discretamente.

—Yo solo cuento veinte —me respondió al cabo de un momento.

—¡No puede ser!

Conté y volví a contar.

—¡Es imposible! Hace un momento había veintisiete.

Su respuesta se perdió en un fortísimo trueno, inmediatamente seguido de un fogonazo deslumbrante.

El resto de la tarde lo aprovechamos como pudimos, porque los truenos, los relámpagos y las cortinas de agua azotando las ventanas del refugio eran una distracción constante, a pesar de lo cual los cursillistas progresaban a ojos vista. Todos eran montañeros, unos más y otros menos, y tenían un interés enorme en contar historias de montaña, tanto historias reales como narraciones de ficción que tuvieran la montaña como centro. Yo estaba muy sorprendido puesto que nunca me había interesado el tema y jamás se me pasó por la cabeza que pudiera dar tanto juego como mis alumnos le estaban sacando. Cada vez estaba más interesado, muy a mi pesar, lo admito, pues yo estaba allí para sacarme un dinero y largarme lo antes posible, y que aquellos chalados se subieran donde les viniera en gana. Pero, a pesar de ese interés creciente, en ningún momento de aquella larga tarde se me pasó por la cabeza que los acontecimientos del día siguiente iban a marcar mi vida de la manera que lo hicieron.

Por la mañana fui de los primeros en bajar a la sala. El dormitorio no era más que una gran habitación vacía donde extender la esterilla y mis huesos no estaban acostumbrados a aquel trato.

Encontré a Maestre observando las mesas con gesto de preocupación.

—¿Ocurre algo?

Por toda respuesta me señaló unos libros extendidos ante él.

—Parece que la gente no es muy ordenada —comenté, pensando que esa era la causa de su aparente enojo.

—No se trata de eso —respondió—. Anoche yo fui el último en salir de aquí y subir a acostarme y estos libros no estaban.

—Quizá alguien tenía insomnio y se levantó para leer un rato.

—No creo, tengo el sueño ligero y me hubiera enterado. Además, en el refugio no hay biblioteca, estos libros los han traído de fuera.

Examiné las portadas con indiferencia. Títulos y autores me eran completamente desconocidos: *Estrellas y borrascas*, *Los conquistadores de lo inútil*, *La ascensión del Everest*, *La metamorfosis de la flor de loto*, *Recuerdos de viaje*, *La montaña resplandeciente*, *Del Tirol al Nanga Parbat*... Todos eran libros de montaña, pero ninguno me resultaba ni remotamente familiar.

—Son algunos de los mejores libros de montaña de la historia —afirmó Maestre, captando mi ignorancia—, escritos por grandes montañeros que fueron

capaces de llevar al papel sus vivencias. Si tuviera que elegir mis ejemplos preferidos de literatura de montaña, no serían muy diferentes a estos.

Me encogí de hombros, ya me estaba cansando de aquellos juguecitos de misterio. Mi participación en el taller acababa al medio día y lo único que quería era terminar mi trabajo, cobrar y largarme de allí. Ese pensamiento me hizo asomarme al exterior. La tormenta había durado casi toda la noche pero ahora había cesado y el refugio se encontraba sumergido en una densa niebla que apenas permitía distinguir los dedos de la mano si estirabas el brazo. La sensación era agobiante.

—Levantará a media mañana, no te preocupes —aseguró Maestre. Recogió todos los libros y los dejó en una pila en una esquina de la mesa, al tiempo que los primeros cursillistas bajaban a desayunar.

Un rato más tarde inicié la última sesión dedicada a la estructura de la narración. Mientras hablaba de principios y finales, de flash-backs y de tiempos de la historia, mi vista cayó sobre la pila de libros amontonados en una esquina de la mesa. El primero de todos mostraba la contraportada, con una fotografía del autor. Me quedé cortado a mitad de una frase, cogí el libro y me fui directo a Maestre.

—Este fue —exclamé, a punto de perder los nervios—, este fue, estoy seguro...

—Pero este fue ¿qué?

—Ayer, en el aparcamiento, este fue el hombre que me guió hasta el refugio.

Los alumnos nos observaban asombrados.

Maestre me miró sorprendido y sus ojos parecían decirme que yo no había pasado una buena noche.

—Estoy seguro —afirmé con toda la rotundidad de que fui capaz.

Le dio la vuelta al libro y pude leer el título: *Estrellas y borrascas*.

—Un tipo larguirucho con un jersey viejo —al principio yo le no entendía, pero luego me di cuenta de que repetía mis palabras de ayer, antes de exclamar, más para sí mismo que para mí—: Gastón Rebuffat... ¡Eso es imposible!

En ese momento, como contradiciéndole, se abrió la puerta y, junto con jirones de niebla que juguetearon a nuestros pies, entró el larguirucho, seguido de otras seis figuras. Rebuffat, si es que era él, llegó hasta nosotros y tomó el libro de manos de Maestre mientras los demás se

acercaban a la mesa donde todavía estaba la pila. Reconocí al calvo de brazos de camionero, que cogió *Conquistadores de lo inútil* mientras su compañero, seco y enjuto, se hacía con *Del Tirol al Nanga Parbat*. Un chico joven, delgado y melenudo, se llevó *La montaña Resplandeciente*. A mis espaldas escuché a Maestre:

—Lionel Terray, Hermann Buhl, Peter Broadman... —Parecía estar rezando.

Un hombre alto, con un bigote perfectamente delineado y toda la apariencia de un militar británico se llevó *La Ascensión del Everest* y tras él, otro mucho más bajo y robusto, pero también con un inefable aire anglosajón tomó *Recuerdos de viaje*. El último, *La metamorfosis de la flor de loto* fue para hombre barbudo, de piel atezada.

—John Hunt, Tomas Longstaff, Herbert Tichy —seguía musitando Maestre.

Según cogían su libro, se iban a la pared del fondo y aguardaban con actitud tranquila, ante la asombrada mirada de todos nosotros. Por último, Rebuffat se coloco ante ellos y nos saludó.

—Bonne jour... buenos días —agregó con un español nasal y de eses silbantes.

Nadie tuvo el valor de responderle.

—Estoy aquí junto con algunos de mis amigos para felicitarte, Juan Manuel. —Había perdido el acento francés y hablaba en correcto español —. A Maestre, organizador del taller y responsable de Cuentamontes se la había descolgado la barbilla y le rozaba los pies.

»Hasta el cielo de los montañeros nos ha llegado la noticia de este taller y hemos querido conocer de primera mano tu empeño y tu pasión. Todos los que hemos escrito literatura de montaña compartimos algunos objetivos: devolver un poco de lo mucho que las montañas nos han dado; transmitir a las nuevas generaciones nuestro amor por las cumbres, por la necesidad de amarlas y respetarlas; dejar constancia de nuestras aventuras, nuestros afanes y, en algunas ocasiones, de nuestro sacrificio, o el de nuestros amigos más queridos. También hemos tratado de transmitir una cierta forma de entender el montañismo, donde la competencia es importante, porque nos estimula, nos alienta y nos obliga a mejorar, pero no es lo más importante, y la rivalidad se diluye al llegar al refugio y compartir un vino caliente y ya no importa quién ha cumbreado primero, y saboreamos el éxito del amigo y rival con tanta dulzura como el propio nuestro. Buscamos la cumbre, la perseguimos con tenacidad, la transmutamos en deseo erótico y la ansiamos con esa intensidad pero

sabemos que lo importante está en nosotros mismos, que no es la cima sino el camino que lleva a ella lo que vale, y así lo contamos, porque, y le robo las palabras a mi querido amigo Lionel, la alta montaña no es más que un desierto de hielo y roca, sin otro valor que el que cada cual quiera darle en lo profundo de su corazón. Contamos nuestras vivencias no para convencer a nadie de que copie nuestras pasiones y nuestros retos, sino para convencer a todos de que sin pasión y sin retos la vida no es vida, es rutina. Nosotros encontramos los desafíos en las paredes verticales, en las pendientes vertiginosas, en los inaccesibles tronos de los dioses, pero también están en el superficie del mar o en sus profundidades, en la mayoría de los deportes y por supuesto en el estudio y la investigación, en la ayuda a los débiles o en la lucha por proteger a la Madre Tierra y garantizar su supervivencia. Toda empresa que requiera generosidad, ilusión a raudales, capacidad de sacrificio y grandes cantidades de fuerza de voluntad sirve para que los hombres y las mujeres saquen lo mejor de sí mismos. Eso es lo que hemos intentado transmitir en nuestros libros, por eso y para eso nos hemos sentado delante de la maquina de escribir, y por eso y para eso, Juan Manuel, estamos aquí: para ayudarte en la tarea de enseñar a los que han de perpetuar nuestro mensaje, y también, Juan Manuel, para manifestarte todo nuestro agradecimiento.

»Y ahora, si os parece bien, pongámonos en marcha, que el día avanza y el camino es largo.

Ante mi asombro, aquellos montañeros, aquellos escritores, los fantasmas del Perrió, se entremezclaron con mis alumnos, formaron corros y empezaron a hablarles.

—La sinceridad es vuestra mejor arma —decía Terray—, no hace falta exagerar ni abrumar con superlativos, simplemente dejad que la montaña se manifieste en toda su grandeza.

—La montaña nos cambia y hay que transmitir ese cambio al lector —afirmaba Tichy, autor de *La metamorfosis de la flor de loto*.

—La voluntad, la voluntad firme y decidida, eso es lo que define al montañero —exclamaba Hermann Buhl, el conquistador en solitario del Nanga Parbat.

No lejos de él, John Hunt, el jefe de expedición que facilitó la cumbre a Hillary y Tenzing trataba de convencer a los alumnos de que debían explicar que sin logística no hay éxito posible y que las aventuras románticas se pueden tornar rápidamente en tragedia.

Longstaff hablaba del delirio del descubrimiento, Rebuffat de la música de las cumbres y Broadman del hombre reducido a lo esencial: comer bien, dormir bien, cagar bien, todo lo demás es superfluo.

Maestre y yo íbamos de un grupo a otro en una suerte de sueño hipnótico, incrédulos, sin atrever a pellizcarnos no fuera que despertáramos. Pasó el día sin que nadie sintiera hambre ni sed, cansancio o aburrimiento y cuando las sombras ya se adueñaban de la estancia, los autores recogieron sus libros, le estrecharon la mano a Maestre y salieron por la puerta. Todos nos abalanzamos a las ventanas, justo a tiempo de ver como se perdían en la niebla... los fantasmas del Perrió.